

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

## **“Se acabó la pesadilla...”: la revista Redacción frente al golpe de Estado de 1976.**

Borrelli y Marcelo.

Cita:

Borrelli y Marcelo (2013). *“Se acabó la pesadilla...”: la revista Redacción frente al golpe de Estado de 1976. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/875>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

**XIV Jornadas**  
**Interescuelas/Departamentos de Historia**  
**2 al 5 de octubre de 2013**

**ORGANIZA:**

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 103

Título de la Mesa Temática: Historia / Periodismo / Comunicación.

¿Interdisciplina? Problemáticas en discusión.

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Díaz, César y Ortiz Marín, Ángel  
Manuel

***“SE ACABÓ LA PESADILLA...”: LA REVISTA REDACCIÓN  
FRENTE AL GOLPE DE ESTADO DE 1976***

*Apellido y Nombre del/a autor/a: Marcelo Borrelli*

*Pertenencia institucional: CONICET/UBA*

*Correo electrónico: marcebor@yahoo.com y marcebor@gmail.com*

“(...) al gobierno de María Estela Martínez no lo derribaron las Fuerzas Armadas, se inmoló solo, por su exclusiva cuenta, al compás de su irresponsabilidad sistemática y militante” (*Redacción*, abril de 1976: 14).

## Introducción

Esta ponencia se propone analizar el discurso editorial de la revista *Redacción* en los meses posteriores al “Rodrigazo” de junio de 1975 y hasta el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Como es conocido, la crisis política que desencadenó el plan de ajuste del ministro de economía Celestino Rodrigo determinó el fin de una etapa del gobierno peronista de Isabel Perón y se abrió un nuevo periodo político signado por la impotencia política del oficialismo, la crisis absoluta de la autoridad del Estado, la exacerbación de una situación de crisis general, potenciada por el agravamiento de la violencia política y la vigorización del rol de las Fuerzas Armadas (FF.AA) como posible eje para una “resolución” de la crisis nacional. Visto en forma retrospectiva, el “Rodrigazo” inició la agonía del gobierno peronista (De Riz, 1986: 184; Di Tella, 1985: 212-13); a partir de ese momento, y hasta el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, se intensificó la sensación que la sociedad estaba desgobernada (Cavarozzi, 2006: 54).

Es en ese marco histórico que esta ponencia se propone indagar la posición editorial de la revista política *Redacción*, entendiendo a la sección Editorial como la forma de periodismo de opinión e interpretación a través de la cual se expresa el punto de vista personal de quien dirige un diario, o de la empresa a través de un equipo de editorialistas especializados en los distintos campos de la realidad (Castelli 1991: 193). Particularmente, se analizará la caracterización que hizo *Redacción* de la crisis que estaba viviendo el país y del peronismo gobernante, la adjudicación de las responsabilidades políticas -y las eventuales omisiones en ese sentido-, la categorización positiva o negativa de los diversos actores políticos, y su posicionamiento frente a la posibilidad de un golpe militar.

## Redacción

*Redacción* nació en marzo de 1973 bajo la dirección del periodista Hugo Gambini, quien en ese entonces ya tenía una importante trayectoria en medios escritos. La impronta personal del director estaba marcada en la propia superficie redaccional de la revista; por ejemplo, en la parte superior de la tapa se informaba “Director: Hugo Gambini”, y el editorial que “abría” las ediciones era firmado por Gambini, quien además aparecía retratado en una fotografía.

*Redacción* se presentó con el *slogan* “La revista de actualidad mejor informada” y con el propósito, según indicara en su primer número, de “ofrecer a los lectores el material más útil y objetivo sobre la actualidad nacional” elaborado por un “equipo de profesionales” (*Redacción*, marzo de 1973: 3). Su publicación era mensual (apareciendo cerca de mediados de mes), su extensión promediaba las 68 páginas y su tirada osciló entre 20 y 30 mil ejemplares<sup>1</sup>.

Un relevamiento preliminar indica que estaba destinada a sectores profesionales, empresarios y dirigentes en general. Se presentaba como un exponente del periodismo de interpretación, destinada a un lector informado a través de otros medios pero que necesitaba comprender más profundamente los temas de actualidad nacional, como también acceder a información sobre temas culturales. La revista no estaba separada por secciones aunque abarcaba diversos temas; en el periodo de estudio la tapa y la nota principal se destinaban a la actualidad política, mientras que en el resto de su edición se trataban temas de economía, actualidad sindical e internacional; en el campo cultural se informaba sobre libros, cine y televisión; también podían hallarse notas sobre filosofía política o historia de las ideas.

Durante la segunda parte de 1975 y primera de 1976 figuran en su *staff* directivo: Pedro José Dandlen (asesor de la Dirección), Emiliana Lopez Saavedra (subdirectora), Carlos Russo (jefe de Redacción), Jorge Koremblit (secretario de Redacción; a partir de enero de 1976 jefe de Redacción); Analía Roffo (coordinadora general y secretaria de Redacción a partir de enero de 1976). Algunos colaboradores especiales del periodo fueron: Alberto Amato, Jorge L. García Venturini, Andrew Graham Yooll, Hector Grossi, Pablo Mendeleovich, José Luis Romero, Kive Staif, Oscar Troncoso y Osiris Troiani, entre otros.

---

<sup>1</sup>El dato fue proporcionado por Hugo Gambini (consulta por mail con el autor).

## **El gran culpable: el peronismo en el poder**

La saga de números analizados se abre con la edición de julio de 1975, que en su tapa hará eje en lo que será una invariante de la tematización de la revista hasta marzo de 1976: “La crisis peronista y sus entretelones” (*Redacción*, julio de 1975: 1). *Redacción* se hacía eco de la crisis que había dejado la férrea oposición del sindicalismo peronista al plan ortodoxo lanzado a inicios de junio por Rodrigo, que incluyó una megadevaluación, aumentos de tarifas y combustibles y una política restrictiva del gasto público (Di Tella, 1985; Restivo y Dellatorre, 2005; Rougier y Fiszbein, 2006). Frente al intento de Isabel de no convalidar aumentos salariales por arriba del promedio del ajuste de precios y tarifas anunciado por su ministro de Economía, el sindicalismo peronista declaró a inicios de julio el primer paro general contra un gobierno peronista, conflicto que finalizó con la homologación por parte de Isabel de los acuerdos salariales según los deseos de los gremialistas, la renuncia de Rodrigo y de su mentor, el ministro de Bienestar social, secretario privado de la presidenta y hasta entonces poderoso José López Rega<sup>2</sup>.

La revista trataba en su nota central “La crisis interna del peronismo” (*Redacción*, julio de 1975: 10-12 y 16) las vicisitudes del alejamiento del poder de López Rega y el enfrentamiento del gremialismo peronista y de algunos diputados de ese partido con la presidenta, quienes habían desafiado así el “verticalismo”; es decir, el alineamiento sin matices de un sector del peronismo con la figura presidencial. En su copete, resumía: “El partido gobernante no necesitó que la oposición lo horudara. Solo, sin más auxilio que las discrepancias surgidas de su propio seno, logró su naufragio político”. Esta idea de autodestrucción y de impericia del peronismo -que además involucraba a todo el país- será un eje editorial que, como veremos, se irá consolidando a medida que las variables clave de la realidad nacional irán tomando un cariz cada vez más gravoso. Por su parte, el director reflexionaba sobre el justicialismo en el editorial

---

<sup>2</sup> La defenestración de López Rega despertó al “peronismo histórico” que se había visto relegado en el entorno de Isabel por el ascenso de su secretario privado. De todas maneras, luego de la salida del poder de López Rega personajes residuales vinculados a su figura se mantuvieron en el gobierno influyendo sobre la presidenta (como Carlos Villone, nuevo ministro de Bienestar Social, o Julio González, secretario privado de la presidencia e influyente hombre de consulta de Isabel; para el testimonio de este último véase González, 2007).

“El futuro del Justicialismo” (Gambini, en *Redacción*, julio de 1975: 5). Allí avizoraba con esperanza que el peronismo como había sido conocido hasta ese momento empezaba a “desaparecer”. La rebelión de los legisladores peronistas que habían elegido presidente del Senado en contra de la voluntad presidencial y la sanción de la nueva Ley de Acefalía<sup>3</sup>, eran el punto de partida para una “nueva mentalidad” dentro del justicialismo, un aporte a la “democracia” y a las “instituciones republicanas”, ya que tales decisiones implicaban la “ruptura de la verticalidad” (“esa malformación política que nada tiene que ver con el espíritu libre de los argentinos”). Luego de hacer hincapié en que eran los errores del propio Gobierno los que habían llevado al “estado de desastre nacional” que se estaba viviendo, Gambini dejaba cierto margen para el optimismo al plantear que el justicialismo -“no el Gobierno”- había decidido “salvar las instituciones para evitar que todo se hunda en el mismo barco”, porque sabía que solo podía sobrevivir si trastocaba la “absurda verticalidad por una higiénica horizontalidad”



### **La crisis peronista, en el centro de la atención de *Redacción* (julio de 1975)**

En el número siguiente de agosto, lejos de ponderar esa exigua posibilidad de cambios que se entreveía, la revista abundaba en términos dramáticos para describir la situación política, enfatizando en otro de los aspectos que serán particularmente

---

<sup>3</sup> La presidenta se había opuesto a la designación de Italo Luder como presidente provisional del Senado, lugar que estaba vacante desde abril de 1975. Por su parte, los legisladores peronistas habían bloqueado un proyecto de Ley de Acefalía de cuño lopezreguista, por el cual el Ejecutivo podía ser ejercido por un ministro de gobierno, entre ellos López Rega, si el Poder Ejecutivo quedaba “acéfalo”. Luego el Congreso aprobó otro proyecto que no incluía esta posibilidad (De Riz, 1986: 187).

sobredimensionados: las sospechas de corrupción sobre la presidenta y otros funcionarios de gobierno. El titular de tapa era catastrófico: “La situación toca fondo”, lanzaba (*Redacción*, agosto de 1975: 1). En su editorial, Gambini se preocupaba por los efectos que la crisis del peronismo tenía sobre la República (“La República”, en *Redacción*, agosto de 1975: 3). Allí apelaba a términos grandilocuentes como “desastre” y “tremenda crisis política, social y económica como no se recuerda otra en la Historia Argentina”, y mostraba a un gobierno renuente a cambiar su rumbo, porfiado en recurrir a evasivas discursivas como las de responsabilizar a la “antipatria, la sinarquía o el imperialismo de todos los males que nos agobian”.



**(Agosto de 1975)**



**Los titulares dramáticos se vuelven recurrentes en el segundo semestre de 1975 (noviembre de 1975)**

En esta misma línea, la corrupción era el tema central de la edición de octubre de 1975. En su tapa la revista se preguntaba “¿Qué hacemos con la corrupción?” (*Redacción*, octubre de 1975: 1) y el editorial de Gambini discurría sobre “La moral de los argentinos” (en *Redacción*, octubre de 1975: 5). Pese a que para el director se vivía un cuadro de “decadencia” por el cual era “difícil apelar a las reservas morales de la ciudadanía”, los ciudadanos debían demandar explicaciones al poder allí donde había fundadas sospechas de corrupción<sup>4</sup>. Sin embargo, aseguraba que el “fracaso” del peronismo no era “el fracaso del país”, para concluir, con palabras tajantes:

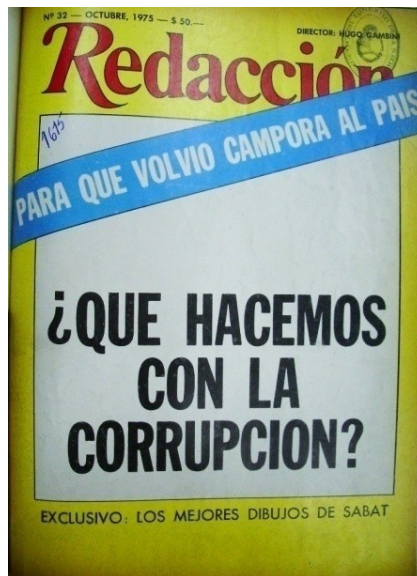
“La Argentina no es una república de estafadores, es una república de estafados, que no es lo mismo.

“Por eso conviene empezar por la recuperación moral, por el ejercicio pleno de la democracia -sin temores-, porque para eso están las instituciones: para usarlas. Somos un pueblo desmoralizado pero no atrofiado”.

---

<sup>4</sup> Uno de los casos más renombrados fue el vinculado a la sociedad benéfica la Cruzada Justicialista de la Solidaridad, por el cual se indicaba que Isabel había desviado el cobro de un cheque de esa sociedad que presidía y se financiaba con fondos públicos para asuntos personales (fue destinado para saldar la deuda de la sucesión de Perón con las hermanas de Evita).





**La corrupción, uno de los ejes de las críticas de *Redacción* al gobierno peronista (octubre de 1975)**

Por último, para la revista uno de los máximos responsables de la debacle a la que estaba asistiendo el país y del fracaso peronista era la presidenta de la Nación, a la que Gambini le dedicó un editorial crudo y directo (“La señora presidente”, en *Redacción*, septiembre de 1975: 3) donde destacaba las contradicciones presidenciales y su incapacidad de ejercer el poder al no imponer sus decisiones, lo cual bosquejaba una realidad “bastante grave” ya que según el director “nadie” le creía (sobre la figura de Isabel, véase Sáenz Quesada, 2003)<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> También la revista en diversas ocasiones vinculará a Isabel con el “vacío de poder”, o la retratará con ironía como una persona que huía de los problemas (*Redacción*, octubre de 1975: 2 y Alonso Piñeiro, Armando, “1975. El año más crítico de la historia argentina”, en *Redacción*, diciembre de 1975: 58-9).



**Isabel, principal responsable de la crisis junto al peronismo (enero de 1976)**

### **“El fracaso peronista” y el de la falsa democracia**

La responsabilidad del peronismo en la crisis del país era señalada nuevamente de forma concluyente en el número de diciembre de 1975. Allí desde la tapa *Redacción* anunciaba su anuario con los siguientes titulares: “El gran escándalo. El fracaso peronista” (*Redacción*, diciembre de 1975: 1), revalidado por el editorial de Gambini que repetía el título “El fracaso peronista” (en *Redacción*, diciembre de 1975: 7). El editorial se dirigía en durísimos términos al peronismo, señalándolo como el responsable excluyente de la crisis del país y del fracaso democrático. La contundencia de sus palabras amerita una cita extensiva. Según el director en el año que finalizaba todo había sido “negativo, aplastante”. La imagen del país hacia el exterior era cada vez peor:

“porque nadie ignora los asesinatos, el vacío de poder, la inmoralidad administrativa y el derrumbe económico.

“Todo eso lo ha producido el peronismo en sólo dos años de Gobierno. No hay ya excusas valederas para culpar a otros, pues se trata de una realidad tan clara, tan visible, que solamente no la admite el que no quiere (...)”

La Argentina estaba presidida por:

“la ineptitud, la inmoralidad y la inseguridad. Quien crea que esto es la democracia está totalmente confundido, porque la democracia es un sistema político sustentado en el funcionamiento de las instituciones representativas y aquí esas instituciones no funcionan. Han sido reemplazadas por un enjambre de equívocos, donde en la práctica (...) tiene más poder de decisión un secretario privado puesto a dedo que todos los legisladores electos en el país.

“La democracia ha sido desvirtuada y el país lanzado inconscientemente a la deriva por un grupo de impostores, dispuestos a la aventura personal antes que a la función pública (...) Ahora el país navega en las aguas del caos, y si el peronismo no logra amputar a tiempo sus miembros enfermos -enjuiciando y castigando debidamente a los responsables-, se expondrá a ser aplastado catastróficamente por el proceso.

“A todo desorden le sigue -inevitablemente- una restauración del orden, cualquier sea su signo. Si el peronismo no acierta ahora a imponer el suyo, el final lo van a imponer otros. Pero seguramente le será desfavorable.”

Aunque el tono dramático y la acusación al peronismo eran excluyentes, Gambini sugería en estilo *predictivo*<sup>6</sup> que la única forma de evitar una interrupción externa del gobierno era si el justicialismo lograba marginar a la presidenta de la Nación y a sus seguidores (aunque no lo reconocía en estos términos, sino que se deducía de su referencia a los “miembros enfermos”)<sup>7</sup>. Lo que se torna destacable en la argumentación es la idea que un derrocamiento del gobierno no implicaría un golpe contra la democracia, ya que ésta en realidad era una mera formalidad conducida por un grupo de estafadores que habían embaucado a sus votantes y aprovechado de su confianza para el encumbramiento personal.

Ahora bien, para *Redacción* junto al fracaso peronista se encontraba una oposición que no parecía estar a la altura de las circunstancias. En primera medida, esto

---

6 Que diagnostica resultados de tipo social y político utilizando el método de interpretación causal determinista (Castelli, 1991: 195-6, en función del esquema de Rivadaneira Prada, 1986).

7 Frente a la pérdida de legitimidad de la imagen presidencial de Isabel, existían diversas especulaciones sobre su futuro político: renuncia presidencial (que era negada rotundamente por la presidenta), juicio político, declaración de insania y golpe de Estado.

quedaba claro cuando en sus editoriales Gambini no apelaba a los otros partidos como eventuales actores políticos que pudieran aportar una solución eficaz y perdurable a lo que se describía como una crisis terminal. Y, en segunda medida, en las mismas referencias que hizo la revista sobre la oposición, donde solo se observa una mirada crítica y desvalorizadora. Por ejemplo, el secretario de Redacción Jorge Korembli, en la nota dedicada a la política en el último número de 1975, confesaba: “A esta altura no creo en casi nada. Aunque, eso sí, -debo ser ecuánime- no creo en el oficialismo, pero tampoco en la oposición.” (“La política”, en *Redacción*, diciembre de 1975: 15). En particular, sobre la UCR, que era la primera minoría de la oposición, señalaba que al tener como fin en sí mismo a la institucionalización se “moderan ataques y se postergan decisiones (el juicio político, por ejemplo) a despecho de sus propias bases. El gobierno quiere durar. La UCR quiere que dure en función de los próximos comicios (...)” (Idem)<sup>8</sup>.

### **El golpe (como posibilidad)**

La primera vez que *Redacción* utilizó explícitamente la palabra “golpe” en las ediciones analizadas fue en su número de septiembre de 1975, cuando desde la tapa anunciaba “La psicosis del golpe y sus protagonistas”. Pero lo hacía de una forma particular, no para adelantar lo que podría ocurrir en el país, sino para alertar sobre el artilugio que utilizaba el gobierno frente a los problemas que surgían de la realidad diaria; básicamente, tremolar el temor al golpe para victimizarse y de esa forma solapar los problemas propios. La crónica relataba los avatares de la renuncia del en ese entonces jefe del Ejército, Alberto Numa Laplane y el ascenso del nuevo jefe del arma Jorge Videla, en el marco de la crisis militar “Damasco-Laplane” que afectará duramente la imagen presidencial. Allí alertaba que la “psicosis golpista” había sido utilizada por el gobierno en esa ocasión, y eso se vinculaba a que “Cada vez que las cosas no resultan o se llega, por impericia, a una situación límite (...) alguien saca a relucir el peligro del golpe” (*Redacción*, septiembre de 1975, p. 16).

---

<sup>8</sup> Véase también en un sentido similar la nota de Rodolfo Pandolfi (“La oposición”, en *Redacción*, diciembre de 1975: 34).



### El “golpe”, por primera vez en tapa (septiembre de 1975)

En la edición de octubre de 1975 la revista avanzaba un paso más al sugerir por primera vez en la saga analizada la posibilidad de una interrupción del mandato de Isabel, aunque dejaba vacante qué actor político sería el protagonista de esa intervención. Al finalizar su nota central, dentro del subtítulo “Una agorería”, citaba las polémicas palabras del gobernador de la provincia de Buenos Aires, el metalúrgico Victorio Calabró -enfrentado a la presidenta y al “verticalismo”-, quien el 30 de septiembre había declarado a la prensa extranjera: “Si seguimos así no llegamos a 1977”. Para *Redacción* semejante sentencia obligaba a “una pregunta inevitable” más que sugestiva: “¿Si seguimos así, hasta dónde llegaremos? ¿La contestará Victorio Calabró o alguien le ganará de mano?” (*Redacción*, “¿Qué hacemos con la corrupción?”, octubre de 1975: 12).

Al mes siguiente ese lugar vacante ya aparecía ocupado en la lógica discursiva de la revista. Según *Redacción*, la expulsión de Calabró del peronismo -que fue motivada justamente por sus provocativas declaraciones- y la posibilidad de intervenir la provincia de Buenos Aires, revelaban “una estrategia de repliegue oficialista que ahondará más todavía su aislamiento. Sin incurrir en tremendismos (...) es evidente que la situación se encamina hacia un final de inciertas y confusas características”. Para dar a entender de qué se trataba ese final, *Redacción* citaba las palabras del obispo de Santa Fe, monseñor Vicente Zaspé, quien había afirmado en una homilía: “Quizá sea el momento de reiterar la gesta de Abraham y los diez justos. (...) ¿Habrán diez justos argentinos que se ofrezcan por los millones que sufren, por los miles de muertos, los

cientos que siguen matando?”, y a párrafo seguido la revista recordaba que en un encuentro de coroneles ofrecido en el consulado argentino en Nueva York, ante un brindis de un funcionario “para el pronto restablecimiento de la señora Presidente”, el general Rodolfo Mujica (director de la Escuela de Guerra) había respondido: ‘El Ejército sólo brinda por la patria’” (*Redacción*, “El final de la crisis”, noviembre de 1975: 12-6).

A diferencia del número anterior, la anécdota narrada, la cita de las palabras de Zaspé y las de la propia revista en relación al “final de inciertas y confusas características”, avanzaba elocuentemente sobre la posibilidad concreta del golpe militar (aunque por ahora las FF.AA se presentaban apelando a una sinécdoque cuando se refería a la figura del general).

Por otra parte, vale destacar el recurso que utilizaba la revista al referir a terceros para dar a entender esta eventual salida a la crisis política, recurso que de alguna forma amenguaba la responsabilidad de asegurar explícitamente una posibilidad de este tipo, a la par que la sugerencia era avalada por terceros que representaban dos instituciones clave: la Iglesia y las FF.AA (que, además, aparecían implícitamente aliadas en el mismo objetivo: los “diez justos argentinos” que solicitaba el obispo para salvar al país parecían ofrecerse con voluntad desde esas FF.AA que solo brindaban “por la patria”).

En enero de 1976, luego de la aceleración de los tiempos políticos que significaron la rebelión contra el gobierno del brigadier Jesús Orlando Capellini en la Fuerza Área (que se extendió del 18 al 23 de diciembre) y el frustrado intento de copamiento de Monte Chingolo por el Ejército Revolucionario del Pueblo (el 23 de diciembre), *Redacción* profundizaba la utilización del tono dramático<sup>9</sup>. Desde hacía varias semanas los rumores de golpe estaban a la orden del día. En ese contexto, la nota principal se titulaba, en tono *predictivo*, “Los duros presagios para 1976”, y en el copete se aseguraba que el país entraba en la “instancia definitiva del proceso” (*Redacción*, enero de 1976: 13). En la nota repasaba el agravamiento de la situación nacional y ante la evidencia que Isabel no renunciaría ni se tomaría licencia, y ya casi descartada la posibilidad del juicio político, hacía suyas las expresiones del vicario castrense, monseñor Adolfo Tórtolo, quien luego de la insurrección de Capellini sostenía: “así no

---

<sup>9</sup> Por su parte, el 24 de diciembre Videla realizó desde Tucumán una arenga frente a las tropas del Ejército que luchaban contra el ERP, que fue entendido como un último emplazamiento del Ejército al gobierno de Isabel para que rectificara su rumbo. Luego los servicios de inteligencia dejaron trascender que desde ese momento las Fuerzas Armadas habían abierto un plazo de 90 días, por el cual si no se producían los cambios reclamados, habría un golpe (Dearriba, 2006: 162).

se puede seguir”. La nota finalizaba con el mismo tono *predictivo* de su titular: “El tiempo -que como decía Martín Fierro, ‘es presencia de lo que está por llegar’- dirá, acaso pronto, cuáles serán (gusten o no) los únicos caminos de solución que evidentemente hoy nadie encuentra”.

### **El golpe (como realidad)**

En febrero de 1976 el editorial firmado por Gambini hacía explícito aquello que se fue prefigurando en el discurso de *Redacción* en los meses previos, en una suerte de espiralización de sus apreciaciones políticas: “El golpe de Estado”, se titulaba (Gambini, en *Redacción*: 5). En ese momento, la situación política transitaba vertiginosamente su curso desestabilizador, luego que el 16 de febrero los empresarios reunidos en la liberal Asamblea Permanente de Entidades Gremiales Empresarias (APEGE) realizaran un exitoso *lock-out* contra el gobierno. Por su parte, Isabel había designado al sexto ministro de Economía desde 1973, el ortodoxo Eugenio Mondelli, quien a inicios de marzo intentará llevar adelante otro ajuste de cuño ortodoxo combinado con prácticas intervencionistas, luego que el intento de gradualismo y concertación de su antecesor, Antonio Cafiero, fracasara (Kandel y Monteverde, 1976: 192; Rougier y Fiszbein, 2006: 106-8).

En su editorial el director remitía nuevamente a declaraciones de terceros, las de Calabró y del dirigente Elías Sapag, que ponían el énfasis en la idea que “inevitablemente habrá un golpe de Estado” si el gobierno continuaba por la misma senda. Presentada así a través de la voz de terceros autorizados, la idea de “inevitabilidad” no era una mera elucubración de su director y le permitía reforzar la posición enunciativa de *Redacción* desde la cual solo “presentaba” los hechos tal cual estaban ocurriendo. Para Gambini la suposición de ambos era correcta “porque nadie ignora -salvo la señora Presidente y sus alrededores- que se han ido agotando ya todas las instancias, todos los plazos de tolerancia a la espera de una rectificación que no se produjo y que, evidentemente, no se producirá”. En ese contexto, “el riesgo de una caída abrupta del actual Gobierno es perfectamente visible”. Por su parte, los “oficiales de las tres armas” seguían con atención el proceso de “descomposición nacional”, ya no por “vocación política”, sino por un “natural instinto de conservación” y por su preocupación ante la posibilidad que “las aguas del caos los arrastren también a ellos”.

Para las fuerzas castrenses lo que estaba en juego era “la supervivencia de la Nación, frente a un claro peligro de disgregación nacional” en el marco de un “cuerpo gravemente enfermo, el de la República”. Según el director, nadie creía “sinceramente” en las elecciones que se habían adelantado para diciembre de 1976 -“ni en el Gobierno, ni en la Oposición, ni en el Parlamento”-; así las cosas, solo quedaba “una alternativa para detener el golpe: que el Parlamento demande la renuncia presidencial y elija un gobernante con las condiciones mínimas para presidir un país civilizado. **Pero si las instituciones no sirven para salvar el destino de la República, entonces la República tratará de salvarse cambiando las instituciones**<sup>10</sup>”.

Por una parte, destáquese la construcción del “aporte desinteresado” de las FF.AA a la nación -casi “obligadas” a pasar de un supuesto rol pasivo a otro activo- y de su papel como último recurso ante la posibilidad de la “disgregación”. Esta construcción luego aparecerá cristalizada al momento del golpe tras la idea de que solo habían llenado el “vacío de poder” de una forma casi “natural” y lógica. Sin duda, la imagen de unas FF.AA forzadas por la situación a tomar el poder -hasta en contra de su voluntad política- tenía una perfecta coherencia y se complementaba con la argumentación editorial de la revista que señalaba al propio gobierno peronista como el principal responsable de la crítica situación del país, en tanto en esa lógica argumentativa no aparecían otros actores impulsando el deterioro de la administración peronista. Por otra parte, pese a la reivindicación en abstracto que hacía *Redacción* de las instituciones, según el editorial se podía prescindir de su lógica de funcionamiento si los intereses más trascendentes de la República estaban en riesgo por el mal uso que de ellas hacían los hombres de gobierno.

La edición de marzo de 1976, publicada antes del golpe del 24, presentaba por primera vez a los militares como protagonistas exclusivos de la tapa, enlazándolos directamente con el futuro del país al afirmar: “Qué harán ahora los militares” (*Redacción*, marzo de 1976: 1). La construcción de un clima de “cambios inminentes” caracterizaba las observaciones políticas de *Redacción*<sup>11</sup>. Tal vez esa sensación llevó al director a reflexionar sobre aquello que, hacía tiempo, se iba apagando: “La democracia” (Gambini, en *Redacción*, marzo de 1976). Allí rememoraba el editorial de febrero donde había mencionado que solo existía una “alternativa para detener la

---

10 Destacado nuestro.

11 Según describen Díaz, Giménez y Passaro (2002: 95-113) los editoriales del diario *La Nación* en marzo de 1976 se destacaron también por la construcción del, en este caso, “gran cambio”.



intervención militar”, pero ni el Parlamento había tenido la fuerza para producir ese “hecho histórico”, ni el presidente del Senado (Luder) la “dignidad” de cumplir su promesa para convocar a la Asamblea Legislativa (que podría declarar inhábil a la presidenta y propiciar su remoción). Se estaba entonces frente a “la inoperancia total de las instituciones, por culpa de quienes han asumido una representación meramente formal de ellas”. Las consecuencias de esta “ineptitud” era un estado de “frustración nacional”, en el cual se volvía a escuchar la frase “No hay caso, en este país la democracia no funciona...”. Según Gambini, era lógico que no funcionara cuando sus representantes “no crean realmente en ella” (empezando por el peronismo, que estaba sometido a la “verticalidad”). Solo quedaba en pie en la Argentina la “formalidad” y las “apariencias” democráticas. Era natural entonces que esa democracia corriera el riesgo de ser “sustituida fácilmente sin que nadie se resista. O peor aún: sin que a nadie le importe. En tono *predictivo* y tenuemente *admonitorio*<sup>12</sup>, en lo que parecía ser un mensaje implícito dirigido al actor militar, afirmaba que eso era “muy grave” a menos que los “protagonistas del cambio” que se avecinaba estuvieran “imbuidos de una mística democrática” que los llevara a “pulir” sus imperfecciones antes que a “soñar con ‘revoluciones’ impracticables”. En este nuevo escenario, como en el siglo XIX, había que “sentar las bases de la organización nacional más moderna, pero que luego nos permita vivir y desarrollarnos en democracia”. El hálito refundacional de esta idea era reforzado al recordar que “nos va a tocar a nosotros (...) la segunda generación del 80, devolverle al país su seguridad, su riqueza, su prestigio y también su democracia orgánica”. Lo importante era que los “principales protagonistas” comprendan el proceso, la “Historia” les brindaría su “reconocimiento” si es que “han sabido -a pesar de sus errores- recuperar los valores perdurables de la República.”

Esta suerte de epitafio para la democracia iniciada en 1973, y de tenue advertencia hacia el actor militar, ponía el acento en un elemento central de la cultura política argentina de la época: la ausencia de “fe democrática” (Ollier, 2005; Romero, 2004)<sup>13</sup>. Pero lo interesante es destacar que este componente explicativo de indudable

---

<sup>12</sup>Que exhorta al cumplimiento de reglas, advierte peligros, llama al orden y a la concordia (Castelli, 1991: 195-6, en función del esquema de Rivadaneira Prada, 1986).

<sup>13</sup> Fe democrática debilitada por la experiencia fraudulenta de la década del '30, las experiencias dictatoriales de 1955 y 1966 y la proscripción del peronismo -que en la “Revolución Argentina” alcanzó a todos los partidos políticos-, y la ausencia de un republicanismo “fuerte” en los periodos democráticos por el ilimitado ejercicio de la autoridad presidencial y la descalificación de las normas jurídicas republicanas. En este marco, además, los conflictos sociales tendían a tramitarse en espacios donde prevalecía el peso de las corporaciones (Cavarozzi, 2006).

relevancia para comprender la historia argentina de ese periodo, se volvía un elemento justificativo para una nueva intervención militar que interrumpiera los plazos institucionales. Era tan aceptada la idea de una imposibilidad casi genética de correcto funcionamiento de las instituciones republicanas argentinas, que su transformación “desde fuera” del espectro político tradicional era admitida resignadamente como una decantación lógica del fracaso. A la debilidad institucional y la carencia de fe democrática se le interponía como respuesta instrumental mayor debilidad institucional y profundización del desprestigio democrático (aunque fuera en nombre, desde ya, de fines contrarios).

La idea de “cambios inminentes” tenía su más clara expresión en la nota principal, donde se daba por descontado el golpe de Estado (*Redacción*, “Qué harán ahora los militares”, marzo de 1976: 14-7). Allí se sentenciaba que el gobierno peronista estaba “agotado” y mencionaba abiertamente las versiones sobre el eventual golpe que, ironizaba, “solo son conocidas por 24 millones de personas”, por lo cual las FF.AA asumirían la responsabilidad de “reordenar al país” y actuar como “última reserva frente al caos”. Más aún, se mencionaban eventuales etapas del gobierno militar, que se habían conocido listas de probables ministros, porcentajes de distribución castrense en el proyectado gabinete nacional y consultas a hombres de los sectores económicos para elaborar un futuro plan que algunos calificaban como “liberal-desarrollista”. Hasta refería a las versiones que desde la segunda quincena de febrero recorrían los círculos políticos sobre la “famosa ‘fecha del golpe’”, siendo el 27 de febrero el primer rumor por lo cual se escuchaba por esos días la versión de “no llegan a marzo”. Según *Redacción*, todas las fuentes coincidían que los militares no se proponían tomar el poder para desarrollar su “vocación política”, sino que solo pensaban ocupar el “notorio vacío de poder que ha producido el peronismo”, advertidos por el peligro de la guerrilla y el “disloque económico”, a lo que se sumaba la corrupción “jamás” vista. De allí que, como lo venía sosteniendo, era “lógico admitir que el propio Gobierno ha producido las condiciones mínimas para una inevitable intervención militar”<sup>14</sup>.

---

14 La idea de un golpe “inevitable” se halla también en la editorialización del diario *Clarín* (Borrelli, 2010; Díaz y Passaro, 2002).



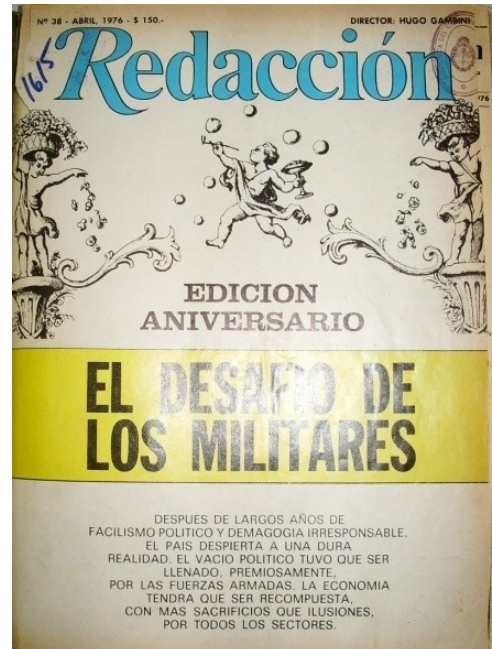
**Los militares llegan a la tapa como protagonistas del futuro (marzo de 1976)**

La tapa de la edición de abril, luego del golpe y de los primeros pasos del nuevo gobierno militar, no ensalzaba en sí misma la decisión castrense, que como se ha dicho en todo caso aparecía justificaba desde la lógica de la “inevitabilidad” por el fracaso peronista. El acento, en cambio, estaba puesto en las difíciles condiciones que debería afrontar el nuevo gobierno. El copete del titular de tapa rezaba: “Después de largos años de facilismo político y demagogia irresponsable, el país despierta a una dura realidad. El vacío político tuvo que ser llenado, premiosamente, por las FF.AA. La economía tendrá que ser recompuesta, con más sacrificios que ilusiones, por todos los sectores” (*Redacción*, abril de 1976: 1). El golpe había encontrado a Gambini en viaje por Europa desde el 16 de marzo para profundizar su conocimiento sobre el proceso de reconstrucción europea luego de la Segunda Guerra Mundial. Con el gobierno peronista derrocado, el director se permitía ser aún más directo en su opinión:

“Cuando salí de Buenos Aires (...) dejé atrás un país sumergido en el caos y la desorientación, desesperado por zafarse de un gobierno inepto y rapaz. Me iba con la esperanza de que a mi retorno (...) los delincuentes ya estuvieran en el lugar que les correspondía y no siguieran apoltronados en los despachos oficiales, usufructuando los recovecos de una democracia escuálida”.

Su profunda aversión al gobierno saliente era remarcada al comentar su respuesta al conserje español del hotel de Munich, donde estaba alojado el 24 de marzo, cuando le informó sobre el “cambio de gobierno” en la Argentina: “Bueno, se acabó la pesadilla...”, le había respondido (Gambini, “La verdadera reconstrucción”, en *Redacción*, abril de 1976: 5).

En su editorial, sorprendentemente, no se encargaba de analizar la nueva situación política nacional, sino que describía con admiración el funcionamiento de las instituciones, los partidos políticos, los medios y ciertas costumbres europeas que permitían entender el por qué de su reconstrucción (a diferencia de sus editoriales anteriores, que ocupaban una página, en esta ocasión se extendía a cinco páginas). De todas formas, al destacar el funcionamiento organizado, moderno y exitoso de las instituciones y la sociedad europeas aprovechaba para dar su opinión pesimista sobre la realidad nacional al mostrar comparativamente los inconvenientes de la institucionalidad, la democracia y cierta mentalidad argentinas, atravesada por el facilismo, la holgazanería o la propensión a creer en soluciones políticas mágicas.



***Redacción* aprueba el golpe pero hace hincapié en los “desafíos” del nuevo gobierno militar (abril de 1976)**

## ***Conclusiones***

Del análisis realizado pueden extraerse algunas conclusiones:

-Si bien *Redacción* no mostró una abierta y expresa apología a favor de la intervención militar, sí hizo uso de expresiones particularmente dramáticas o catastrofistas para describir la situación nacional, en algunos casos apelando a títulos grandilocuentes que legitimaron la sensación de “cambios inminentes” y de desestabilización política general, apoyando el argumento que en los últimos meses de 1975 y principios de 1976 indicaba que “no se podía seguir así”. En esta línea, la intervención militar se fue justificando como una consecuencia lógica e inevitable del fracaso absoluto del peronismo en el poder, que fue señalado como el responsable exclusivo del derrumbe político y económico del proceso abierto en 1973 y a quien la revista interpeló directamente por esta causa. En esta línea, Isabel Perón fue indicada como una de las principales culpables de la crisis que vivió el país, descripta como una presidenta contradictoria, sin autoridad efectiva, encerrada en un círculo áulico (el “entorno”, según la fraseología de aquellos días) conformado por funcionarios venales e inescrupulosos, y porfiada en sostener el poder por el poder mismo desligándose de los perjuicios que pudiera ocasionársele a la Nación, en medio de una agresiva disputa interna en el peronismo que obstaculizaba la gestión eficiente de la administración gubernamental.

En esta adjudicación de responsabilidades, la intervención militar también apareció justificada por la actitud pasiva u inoperante de la oposición política y del Parlamento, que desde esta óptica no supieron o no quisieron ofrecer una solución alternativa y confiable al gobierno de Isabel Perón que pudiera evitar el golpe. Aquí debe señalarse que *Redacción* por momentos indicó a estos actores como si tuvieran la capacidad para evitar el golpe de Estado y señaló que no lo habían ejercido por diversos motivos, argumento que solapaba que las Fuerzas Armadas estaban preparándose activamente para asumir el poder y sobrevalorando las posibilidades reales de estos actores políticos para darle un curso diferente a los acontecimientos (cuestión que seguramente no debía ser desconocida por la revista, pero al menos desde su construcción discursiva no aparecía claramente explicitado, dando a entender entonces que la responsabilidad del fracaso recaía en la ineficiencia de estos actores tradicionales de la república).

-Desde un punto de vista enunciativo, la revista eligió ubicarse en el tradicional rol liberal de los medios en tanto en reiteradas oportunidades -que por motivos de espacio no pudieron ser detalladamente analizadas en esta ponencia- explicitó que no hacía más que “mostrar” “objetivamente” los hechos tal cual estaban ocurriendo -la remisión al discurso de terceros formaba parte de esa posición enunciativa-, hechos que enfatizaban la inocultable impericia y negligencia oficial. Pero a la vez la revista lo hizo solapando u omitiendo otros datos que podían dar cuenta del rol que otros actores políticos de peso de la realidad nacional estaban teniendo en pos de deslegitimar aún más al gobierno peronista o directamente de propiciar su derrocamiento. En este sentido, fue evidente la omisión deliberada del rol activo que los militares estaban teniendo para propiciar el derrocamiento del gobierno, descriptos como actores casi “involuntarios” que se estaban viendo “obligados” a intervenir frente al peligro de “disgregación nacional”. En este sentido, es elocuente que los militares aparecieron en la tapa por primera vez como agentes activos de cambios en marzo de 1976, cuando ya además la revista daba por hecho el golpe de Estado, como la mayoría de los sectores de la vida nacional.

-Con una mirada retrospectiva, teniendo en cuenta el hincapié que desde la democracia post dictatorial se puso en la cuestión de la “violencia” como elemento explicativo -o justificativo, según el sector ideológico que se trate- del golpe de Estado, debe resaltarse que para *Redacción* la cuestión no tuvo una centralidad exclusiva; desde ya fue indicado como un motivo relevante de desestabilización y profundización de la crisis, pero estaba articulado dentro del marco más amplio del desmanejo peronista en el poder y de las flaquezas de la institucionalidad democrática argentina.

-Sobre esto último, otro punto relevante fue el hincapié que hizo la revista en las falencias de la cultura política argentina que tenía una concepción instrumental de la democracia y la legalidad, subsumidas ambas a los intereses partidarios o facciosos de quien detentara o apelara a detentar el poder construyendo una democracia “formal” u “aparente” que era un remedo falaz de la “verdadera democracia” (como se ha analizado, para la revista el peronismo era el ejemplo más evidente de este uso instrumental). Pese a que *Redacción* mostró una perspectiva crítica y aparecía preocupado por las falencias de cierta “mentalidad argentina” que no contribuía a

consolidar las instituciones -y que hasta cierto punto parecía ser el motivo para merecer el “castigo” que implicaba el golpe ya que el pueblo argentino se caracterizaba por su actitud “soberbia” en relación a sobrevalorar las capacidades del país o por aceptar “soluciones facilistas” que confundía “deseos con sus posibilidades” detrás de “mitos” que reemplazaban a los “datos”, todo ello exacerbado por la exaltación de un “nacionalismo folklórico y populista” (*Redacción*, “El desafío de los militares”, abril de 1976: 14-5)-, sin embargo también puede considerarse a su prédica como una expresión de esa cultura política en tanto, como lo dijera explícitamente, podía prescindirse de las instituciones si éstas -o el uso y abuso que de estas hicieran un movimiento político como el peronista- ponían en peligro a la República.

No solo para *Redacción*, sino para otros actores de peso en la vida nacional era un argumento verosímil el que proponía que una intervención a fondo de las Fuerzas Armadas que corrigiera los problemas del sistema político argentino y ciertas costumbres de su sociedad podía reencauzar definitivamente el país hacia una democracia “fuerte” y “madura”. Desde esta concepción un golpe en contra de una democracia que en la realidad no funcionaba como tal estaba más que justificado, tanto porque no hacía más que sacar del poder a unos funcionarios inescrupulosos que se aprovechaban de las instituciones, como porque no atentaba en definitiva contra el sistema democrático, sino que era una intervención que tenía como fin salvarlo al propiciar a futuro su ejercicio real. Desde ya, los abusos de poder del gobierno de Isabel y su nulo apego a ciertas normas básicas del funcionamiento democrático, dieron pábulo a estas argumentaciones, que se pretendían fundar así en datos concretos de la realidad política. Lo cierto es que, por este y otros motivos, lograron consolidarse como una variante justificativa del golpe de Estado de 1976, como hemos detectado en el caso de la revista *Redacción*.

### ***Fuente primaria***

*Redacción* (ediciones de julio de 1975 a abril de 1976).

### ***Referencias Bibliográficas***

Borrelli, Marcelo (2010), “Escribiendo el epitafio: el diario *Clarín* en la antesala del golpe de Estado de 1976”, *Hologramática*, Lomas de Zamora: Universidad Nacional de Lomas de Zamora, pp. 3-23

Castelli, Eugenio (1991), *Manual de periodismo*, Buenos Aires: Plus Ultra.

Cavarozzi, Marcelo (2006), *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*, Buenos Aires: CEAL.

Di Tella, Guido (1985), *Perón-Perón. 1973-1976*, Buenos Aires: Hyspamérica.

Dearriba, Alberto (2006), *El Golpe. Crónica del último asalto militar al poder*, Buenos Aires: Altamira.

De Riz, Liliana (1986), *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Buenos Aires: Hyspamerica.

Díaz, César Luis (2002), *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de Estado de 1976*, Buenos Aires: La Crujía.

Díaz, César Luis, Giménez, Mario y Passaro, María Marta (2002), “La Nación y la construcción del ‘gran cambio’. Los editoriales de marzo de 1976”, en César Luis Díaz, *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de Estado de 1976*, Buenos Aires: La Crujía, pp. 95-113.

Díaz, César Luis y Passaro, María Marta (2002), “Los mensajes del silencio. El Día, Clarín y el golpe de Estado de 1976”, en César Díaz, *La cuenta regresiva: la construcción periodística del golpe de Estado de 1976*, Buenos Aires: La Crujía, pp. 169-188.

González, J. (2007), *Isabel Perón. Intimidades de un gobierno*, Buenos Aires: El Ateneo.

Kandel, Pablo y Monteverde, Mario (1976), *Entorno y caída*, Buenos Aires: Planeta.

Ollier, María Matilde (2005), *Golpe o Revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966-1973*, Caseros: Eduntref.



Restivo, Néstor y Dellatorre, Raúl (2005), *El Rodrigazo, 30 años después. Un ajuste que cambió al país*, Buenos Aires: Capital Intelectual.

Romero, Luis Alberto (2004), *Sociedad democrática y política democrática en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmas.

Rougier, Marcelo y Fiszbein, Martín (2006), *La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista de 1973-1976*, Buenos Aires: Manantial.

Sáenz Quesada, María (2003), *Isabel Perón. La Argentina en los años de María Estela Martínez*, Buenos Aires: Planeta.